

la parte del reino de Nápoles que cada cual se había adjudicado, declarando á don Fadrique indigno de la posesion de aquel reino por el favor que había pedido á los infieles; y para dar mas á entender que el celo por la cristiandad era el que le impulsaba á fulminar aquella destitucion, quiso formar parte de la liga española y veneciana contra los turcos. Sin embargo, nadie olvidaba la causa y principio de su desabrimiento con el rey don Fadrique, que fué la obstinada negativa de éste á dar su hija al cardenal César Borgia.

Gonzalo de Córdoba se veía en una situacion delicada y comprometida. Como súbdito español, tenía que obedecer á su rey, que le mandaba apoderarse de los estados de don Fadrique, de aquel don Fadrique á quien debía grandes estados y mercedes, juntamente con el título de duque de Santángelo, como recompensa de sus servicios anteriores. Como caballero de honor, no podía Gonzalo conservar tales títulos y mercedes recibidas de un rey á quien iba á despojar de la mitad de sus estados. Obrando, pues, como caballero, renunció los estados y le devolvió el título, pidiéndole le relevára de las obligaciones de fidelidad. Pero don Fadrique, aunque desgraciado, escedió al Gran Capitan en lo generoso. Accedió solo á dispensarle de aquellas obligaciones, le respondió que él sabía apreciar las virtudes, aun en sus enemigos, y que no solo no revocaba las honras que por sus anteriores servicios le

había hecho, sino que las acrecentaria si pudiese. Admirable rasgo de magnanimidad en un príncipe maltratado y caído ⁽¹⁾. Con esto pasó Gonzalo el Faro, desembarcó con su pequeño ejército en Tropea, y en menos de un mes sometió las dos Calabrias, donde tantos recuerdos habían quedado de sus anteriores triunfos, á escepcion de la plaza de Tarento.

El desventurado don Fadrique, viéndose perdido y desamparado de todos, envió á decir al embajador español Francisco de Rojas que renunciaria al favor de los turcos y dejaria el reino, siempre que se le diese en España con qué sustentar su esposa, sus hijos y hermanos; pero el Rey Católica no queria sino que se le diese igual estado en Francia y en España, para que pudiese vivir mitad en un reino y mitad en otro. Por último, habiendo tenido que abandonar la capital á los franceses, y vivir algunos meses refugiado con su familia en la isla de Ischia, aconsejado por el almirante Ravenstein, se entregó finalmente á la generosidad de Luis XII., el cual le señaló en Francia el ducado de Anjou con rentas considerables para su mantenimiento, que le pagó siempre religiosamente, si bien ejerciendo sobre él la mayor vigilancia. En aquella especie de dorado cautiverio continuó don Fadrique hasta su muerte ⁽²⁾, y así acabó el último

(1) Giovio, *Vitæ Illustr. Vi-* do, lib. IV. c. 53.—Quintana, el
ror.—*Chronica del Gran Capitan,* Gran Capitan, 248.
c. 24.—Zurita, *Rey don Hernan-* (2) Murió en 1594.

soberano de la rama bastarda de la casa de Aragón que ocupó el trono de Nápoles.

Faltaba al Gran Capitan someter la plaza de Tarento, la mas fuerte de Calabria, fundada sobre una isleta en lo mas estrecho del golfo de su nombre, y sin mas comunicacion con tierra que dos puentes defendidos por dos fuertísimos castillos. A esta plaza habia enviado don Fadripue su hijo primogénito el duque de Calabria, jóven de catorce años. Defendiala el conde de Potenza con buena guarnicion. Fiado Gonzalo en la posicion de la plaza, creyó que mejor que por ataque la rendiria por bloqueo, y levantando trincheras y reductos por tierra dispuso que las galeras de Juan Lezcano le cortáran toda comunicacion por mar. Toda Italia se hallaba en ansiosa espectacion del éxito de esta empresa. Prolongábase el asedio, y el ejército español padecia grandes trabajos por la falta de dinero y de mantenimientos, que comunmente el rey Fernando los escaseaba en demasia. Los soldados se quejaban y murmuraban, mas la murmuracion se convirtió en abierto tumulto cuando vieron la abundancia de provisiones y equipages con que Gonzalo socorrió al almirante francés y á varios de sus oficiales que una tempestad arrojó á la costa de Calabria. «Mejor fuera, decian, que pagára lo que debe á los suyos que ser tan liberal con los extranjeros.» Estos y otros arranques de desahogo produjeron una formal insurreccion militar. Un sol-

dado se atrevió á dirigir la pica al pecho de su general; Gonzalo la apartó suavemente diciéndole: «Alza esa pica, y mira lo que haces, no me hieras sin querer.» Un capitán vizcaino llamado Iciar, como oyese á Gonzalo asegurar á la tropa que pronto tendria fondos y seria socorrida, tuvo la audacia de decirle: «Que vaya tu hija á ganarlos, y pronto los tendrás (1).»

Oyó Gonzalo la insolente increpacion sin inmutarse y sin darse entonces por entendido. Sosegó el molin, y se retiraron los soldados. A la mañana siguiente amaneció el cadáver del osado vizcaino colgado de la ventana de su alojamiento. El espectáculo aterró á los demas, y aunque seguia el descontento, ninguno se atrevió á desmandarse; lo que hacian los quejosos era desertarse á las banderas de César Borgia, que andaba ofreciendo grandes pagas á los que quisieran seguirle (2).

Cansado el Gran Capitan de la prolongacion del sitio, activó y discurrió nuevos medios de ataque, que sorprendieron y consternaron á los de Tarento. El gobernador de la plaza, participando tambien de la consternacion, pidió á Gonzalo una suspension de hostilidades por dos meses hasta recibir instrucciones del padre del príncipe que se la habia confiado. Durante la tregua se pactó que si los sitiados no recibian ni

(1) Tenia en efecto Gonzalo una hija llamada Elvira, á quien queria mucho y la llevaba consigo en todas las expediciones. (2) Cron. del Gran Capitan, c. 84.—Giovio, Vitæ.—Quintana, Vidas, tom. I. p. 253.

provisiones ni socorro, se entregaría la plaza al general español, con la condicion de que dejara en libertad al duque de Calabria y á los suyos para ir donde quisiesen. Gonzalo de Córdoba aceptó la cláusula, y para asegurar de una manera solemne su cumplimiento, lo juró sobre la hostia sagrada á vista de todo el campo. El socorro no llegó y la plaza se entregó á los españoles con arreglo al concierto (1.º de marzo, 1502).

Aunque por los términos de la capitulacion no se podia obligar al jóven duque de Calabria á seguir otro partido que el que él libremente eligiese, el Gran Capitan, conociendo la ventaja de tenerle en prenda si se pudiese, procuró persuadirle á que se viniera al servicio del Rey Católico, ofreciéndole un estado con treinta mil ducados de renta. El inesperto príncipe parece que despues de algunas vacilaciones llegó á aceptar la proposicion. Mas el conde de Potenza y otros capitanes y personages adictos al duque, mirando aquellos ofrecimientos como una especie de soborno y engaño hecho á un jóven de corta edad, se quejaron de que el general español faltaba á la fé del juramento y violaba la capitulacion, segun la cual el duque debería ir donde buenamente quisiese, y aconsejábanle que se fuese á Francia á incorporarse con su padre. Gonzalo, á quien costaba trabajo soltar tan buena prenda, y que sentia fuese á poder de franceses, entretuvo mañosamente al prin-

cipe, mientras consultaba al rey Fernando y recibia respuesta de éste sobre lo que debería hacer de él. Afirmase que Gonzalo usó de no muy honestos artificios para retener al hijo del desgraciado don Fadrique y arrancarle el consentimiento de venir á España, aun contra la voluntad de su padre. En este tiempo recibió instrucciones de Fernando, mandándole que por ningun título soltase al jóven duque, sino que le retuviese y destinase á su servicio. En su virtud el duque de Calabria fué embarcado en un navío de guerra y enviado á España á sufrir el trato y suerte de un prisionero de estado. Asi violó el Gran Capitan la fé del tratado de Tarento, pudiendo considerarse como un lunar con que empañó algun tanto el brillo de su claro nombre, que sorprendió mas, viniendo, como dice un moderno historiador, «de un hombre como Gonzalo, de carácter magnánimo y noble, de una vida privada ejemplar, y exento enteramente de los grandes vicios de su tiempo (1).»

(1) Quintana califica esta accion de Gonzalo en términos tal vez demasiado fuertes. «Este es un torpe borron, dice, en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al rey de España, y sería mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.» Vida del Gran Capitan, pág. 251.

Zurita parece quiere disculparle, no por la justicia, sino por la

conveniencia: y Mariana se contenta con decir: «No parece se le guardó (al duque de Calabria) lo que tenian asentado. En la guerra ¿quién hay que de todo punto lo guarde?» Hist. lib. XXVII. capítulo 12.

La aplicacion que mas favorece á Gonzalo, es la que hace Pablo Jovio, escritor italiano y contemporáneo. Este dice que «Gonzalo, dudando el partido que debería tomar, consultó á varios juristas,

y que estos decidieron que no estaba obligado á su juramento, porque era contrario á su obligacion para con el rey su señor, la cual era superior á todas las demas, y que al rey tampoco le ligaba aquel juramento por haberse hecho sin noticia ni intervencion

suya.» *Vitæ Illustr. Vir. Lib. I.*
—Si así fué, no sería muy de aplaudir la moralidad de los letrados, pero en Gonzalo rebajaría mucho el cargo y la responsabilidad de violador de su propio juramento.

CAPITULO XVII.

GUERRAS DE ITALIA.

GONZALO DE CORDOBA EN NAPOLES.

De 1502 á 1503.

Défectos del tratado de particion.—Pretensiones de los franceses.—Rompimiento entre franceses y españoles.—Generales franceses: el duque de Nemours; Aubigny; Luis de Ars; Ivo de Alegre; Chabannes: el caballero Bayard.—El Gran Capitan se retira á Barletta.—Célebres combates caballerescos.—Triunfos de los caballeros españoles.—Prudente conducta de Gonzalo en Barletta.—Grande ejemplo de la constancia, sufrimiento y perseverancia española.—Conquista de Ruvo, y prision de Chabannes, señor de la Palizza.—Tratado de paz entre Francia y España celebrado entre Luis XII. y el archiduque Felipe de Austria.—No le reconocen ni el Rey Católico ni el Gran Capitan, y prosigüe la guerra.—Famosa batalla y glorioso triunfo de Gonzalo en *Cerñola*.—Muere el duque de Nemours.—Derrota de Aubigny en Seminara.—Entrada triunfal de Gonzalo de Córdoba en Nápoles.—Sométese aquel reino al dominio de España.—Indignacion de Luis XII. y del pueblo francés.—Levántanse en Francia tres grandes ejércitos y dos grandes armadas.—Vienen dos de ellos á España.—Actividad de Fernando é Isabel.—Sitio de Salsas.—Ignominiosa retirada de los franceses.—Persigüelos el rey don Fernando personalmente hasta Narbona.—Pide treguas el francés.—Ajústase la tregua entre Francia y España.

Menester era no conocer absolutamente el corazon humano para esperar que el famoso tratado de parti-